



Fragmentos diarios 4

HUGO ENRIQUE SÁEZ A.



Cómo hacer un doctorado en filosofía

Vaya a la universidad que le quede más cerca.

En la recepción solicite los requisitos de inscripción a una licenciatura en filosofía.

Recupere sus papeles de bachiller recibido y preséntelos.

Una vez que obtenga el número de matrícula, y si no hay algo más interesante que hacer, asista a clase con cualquier profesor, cuanto más viejo y si usa barba, mejor.

Tome apuntes. O pídaselos a esa compañera que parece destinada a la soltería eterna.

Lea a los filósofos que le recete el docente en turno. En una fiesta comente la profundidad de Heidegger cuando sostuvo “¿Por qué existe en general el ente y no más bien la nada?” A su ligue del momento ex-

Oswaldo Sagástegui

plíquelo palabras en alemán tan comunes como Dasein.

Etimologías griegas y latinas servirán para que tienda una valla protectora frente al común de los mortales.

Cómprese un morral bastante raído y empiece a frecuentar la cineteca nacional y algunos teatros de Coyoacán.

De pronto, sentirá que está flotando en el mundo de las ideas y que observa con asombro a los autómatas que se desplazan a nivel del piso. Esa sensación le vendrá aun si usted lee a Descartes mientras viaja en un metro atestado de gente y ni oye las ofertas de los vendedores ambulantes que habitan en la caverna de Platón.

Repita los pasos anteriores cuando se inscriba en la maestría con un ensayo sobre Aristóteles y los amoríos de su discípulo Alejandro Magno.

Un requisito para ingresar al doctorado es que tenga el pelo largo y una mirada escéptica como la de Diógenes el perro cuando en el mercado decía: ¡cuántas cosas hay que no necesito!

Escriba una tesis sobre un problema crucial de la humanidad; en especial, se recomienda que lo siembre de citas memorables de Kant, de Hegel, de Marx, y de algún autor contemporáneo que esté de moda.

Dedique su informe final al amor en turno. No es necesario tatuar su nombre in pectore. Al próximo amor confíesele que el anterior fue el peor error de su vida.

Y ya con el título de doctor en sus manos formule la pregunta fundamental de la metafísica: ¿y ahora on toy?

Gastos suntuarios

A menudo se oyen críticas a las fiestas de pueblo en que se quema una infernal pirotecnia, se organizan comilonas pantagruélicas y se agotan hectolitros de alcohol. La voz admonitoria se expresa apuntando a todas las necesidades insatisfechas que podrían resolverse con esos recursos en lugar de destinarlos a una hoguera sin provecho práctico. Desde el potlach, y costumbres similares de comunidades antiguas, se remarca que en estas fiestas fastuosas se refuerzan las líneas jerárquicas, a causa de que quien derrocha regalos muestra su poderío y superioridad frente a los más desprotegidos que acuden a la ceremonia. En una ocasión asistí a la celebración del Niño pa en Xochimilco: los responsables del evento presumían que se llegó a alimentar gratuitamente a siete mil personas, aparte del espectáculo para el que se contrató a una reconocida banda de música comercial.

Ahora bien, todo esto sucede en el piso bajo de la sociedad mundial. Lo que no abarcan las críticas es que el dispendio de recursos de los sectores oligárquicos es de una dimensión inconmensurable. Veamos algunos casos y costos. Para alojarse en la habitación más barata del hotel Burj Al Arab (siete estrellas) de Dubai usted tendrá que abonar 1300 euros diarios, aproximadamente 24 mil pesos mexicanos que un obrero con salario mínimo los ganaría



en 400 días. Más de un año de trabajo. ¿Qué diferencia existe, aparte del boato, con un cuarto discreto de una pensión bien atendida? El auto de la marca Ferrari GTO cuesta 52 millones de dólares. Su propietario, ¿lo usará para pasearse en su campo de golf privado? Un anónimo comprador de obras de arte pagó 142 millones de dólares por la obra de Francis Bacon "Tres estudios de Lucien Freud". ¿Quién la disfrutará? ¿Por qué no está a disposición del público en un museo?

No hay comparación entre el derroche del pobre y el lujo ofensivo de los grandes millonarios. Una

lógica elemental indicaría que cualquier individuo encuentra placer en disfrutar un bien inútil: por ejemplo, los trabajadores migrantes en países desarrollados emplean su primer ingreso en adquirir un aparato electrónico. No obstante, el consumismo se apoya en estimular gastos suntuarios, es decir, en objetos que reflejan estatus, que simbolizan poder. Una cadena invisible de producción exige que los bienes naturales sean explotados al máximo para resolver los caprichos en la lucha por el poder. El problema, en consecuencia, no es moral, es político. 🗑️



Los troncos de Bracho

CARLOS BRACHO

TRANCO I

Este siete veces H. Consejo Editorial esperaba que los dardos venenosos y certeros del maestro Carlos Bracho fueran eso: duros y certeros y dirigidos, como siempre lo hace, hacia los glúteos, nalgas y traseros de los polacos mexicas. Todos nosotros esperábamos que de su ronco pecho salieran los rugidos de rabia que le producen los cínicos y desvergonzados diputados y senadores de todos los partidos, políticos que han traicionado a la Revolución Mexicana, que han entregado al mejor postor sus tierras y sus bienes y sus ríos y sus mares y su petróleo... y que por allí, por ese tenor y en esa dirección iban a dirigirse las flechas envenenadas... Y no, sorpresa grande, resulta que hoy Bracho, escritor siempre preferido por nosotros -que conste-, se puso a cantarle al amor, bueno, a narrarnos sus coloquios amorosos con María. María a quien por cierto, todos y cada unos de nosotros deseamos conocerla para darnos un "taco" de su belleza nativa. Pero don Carlos ha de guardar una distancia más que prudente con relación a nosotros; claro, conoce bien nuestras debilidades,



Rruizte



nuestras flaquezas y como no somos, de ninguna manera, unos santos, o que seamos unos individuos dignos de confianza en relación a las mujeres de nuestros amigos, y como no reza con nosotros aquello de: “No desearás a la mujer de...” pues por esa razón entendemos perfectamente la posición de Bracho. Y hace bien, eso hará que María le dure mucho, sí, que no la ande exhibiendo por allí, que no la muestre a la raza, que no nos enseñe su cuerpo... Nosotros habíamos comentado que si

algún día nos la presentaba, íbamos a romper todas nuestras estrictas reglas que rigen nuestros desmanes y nuestra propensión nativa de hacer todo lo posible por “sí desear la mujer de...” y que por lo tanto respetaríamos, como juramos y muy a pesar nuestro, a María. Que la veríamos como si fuéramos unos dignos caballeros de la mesa redonda, como si fuéramos unos hidalgos quijotescos, como si fuéramos unos monjes tibetanos, como si fuéramos unos santos peregrinos y que nos morderíamos lo que se tenga que morder para aguantar nuestras ganas de conquistadores perpetuos y a ella, a María la veríamos como se mira una Virgen en su santo nicho, nuestros libidinosos ojos se tornarían puros y limpios, nuestros sucios y negros pensamientos lúdicos, los convertiríamos en pensamientos cercanos a las divinidades que pueblan los sacros cielos, nosotros, los miembros de este siete veces H. Consejo, la miraríamos como se mira a una madre o a una Madonna de Leonardo. Sí, todos esos enormes sacrificios los haríamos con gusto, cuando llegara el día que Bracho nos presentara a María. Y como ese día no llega, no ha llegado y creemos que no llegará, todos nosotros, compungidos y tristes nos fuimos a tomar unos tequilas y unas copas a la cantina de la esquina. Allí, claro, y dado que no estaba María, para qué les contamos a ustedes, estimadas amigas, lo que hicimos con las alegres amigas que nos atendieron.



Leticia Tarragó

Eso no lo podemos contar, eso está reservado por la poca vergüenza que nos queda. Mejor, amigas queridas, veamos lo que Bracho nos cuenta sobre el tema que le llena el alma y le nutre su cuerpo:

María no trabajaba ese día. Era su descanso semanal. Era su día libre. Pasé a recogerla a su domicilio, allá por los rincones de Xochimilco. Los árboles que movían sus ramas impulsadas por los vientos que bajan de los volcanes y los canales que trazan cientos de caminos secretos y las chinampas y el movimiento perpetuo de remos y de agua y voces que cantan a los cuatro puntos cardinales; ese movimiento, ese ajeteo cotidiano me hizo acelerar el paso para llegar a casa de María, y más apresuré mi caminar pues sabía que su madre y su hermana, su única familia -ella es huérfana de padre-, estaban en la Villa cumpliendo una promesa, estancia que les llevaría todo el día. Al llegar tomé la llave que María siempre me deja en un pequeño hueco que hay en el árbol que está a un metro de la puerta. Abrí. Cerré con cuidado. El perro "bravonel" me recibió con gran regocijo. Adentro se escuchaba el agua de la ducha y por las cortinas se alcanzaba a ver aquel cuerpo de bronce, cuerpo de barro de olla pecadora, cuerpo de tezontle que cruje cuando se le pisa, cuerpo de curvas prodigiosas que hacen que los brazos y las manos y los dedos se sumerjan en delicias táctiles, cuerpo de mujer que grita a los corazones vivos que la tengan caliente como su sangre, cuerpo de mujer que brilla cuando baila el baile de los enamorados, cuerpo de

mujer que resume todas las cualidades que dictan los que aman a Venus, cuerpo de mujer que sabe de lo que está hecho y que sabe cómo debe ser tratado por el que la ama. -¡Entra! Fue su voz imperiosa la que me trajo al mundo real. Lancé las ropas a las cuatro paredes. Entré a ese rincón malévolo y pleno de vapor y de agua que resbalaba por nuestros cuerpos incitándonos a cumplir con las tareas que los enamorados deben hacer sin demora alguna. No sé si sus besos y sus caricias me hicieron viajar por los contornos más cercanos de su piel, no sé qué embrujo me poseyó, que el tiempo no corrió con la celeridad de la traslación de la tierra, no sé qué brebaje bebí de su boca que gravité tan lejos que recuerdo como se aparecía ante mí aquella aurora boreal, no sé que diabluras y signos mágicos salieron de sus piernas, yo apenas podía respirar, apenas podía con mi cuerpo, apenas podía seguir el vaivén que marcaban sus manos, apenas podía seguir el ritmo de sus brazos y de sus manos... Al llegar la noche salí de esa casa de ensueños, salí como si yo hubiera viajado al corazón de María y le hubiera dado siete vueltas. Salí como sonámbulo que no sabe qué camino seguir, salí de esa casa en donde los espíritus benignos nos envolvieron en rezos y en caricias interminables, salí. Cerré y coloqué la llave en el sitio secreto. Mi cuerpo estaba lleno de sus huellas. Mi cuerpo se prepararía otra semana para estar listo y sano y entero para llegar a casa de María y cumplir con el rito de los flechazos de Cupido... Ah, María, María... 🐾

